

923

E 111



FONDO RICARDO COVARRUBIAS

L 3

v. 4

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CUARTA PARTE. LAS PALMAS DEL MARTIRIO

CAPITULO I.

Comentarios.



La escena que voy á referir pasa en una hostería del muelle de Cádiz, en uno de los primeros dias del mes de Agosto del año 1500.

Algunos marineros, pajes, escuderos y soldados apuran en amor y compañía sendos vasos de manzanilla, y como el vino hace hablar á los hombres, y como los lacayos saben mejor que nadie lo que pasa en las ciudades donde sus amos hacen gran papel, nada mejor que el escucharlos para saber lo que preocupaba en aquel tiempo á los habitantes de Cádiz y á los de otras muchas ciudades de España, sobre todo en Granada, en donde á la sazón se hallaba la corte.

—Por mi fe, decia uno, que si son ciertas las noticias que nos da Pero Manco, no hay justicia en el mundo.

—¿Tú qué sabes, Pacheco?

—¡Vaya unos escrúpulos con que se nos viene ahora!

—Los grandes pecadores ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo.

—¿Pues qué, añadió el que habia hablado primero, no arde

la sangre en vuestras venas al pensar que un anciano, y no un hombre así como se quiera, sino el que ha descubierto el Nuevo Mundo, el que ha llenado de oro á los reyes de España, el que ha extendido su gloria por toda Europa, vea por premio al cabo de sus años el estrecho camarote de un buque por calabozo, y sienta en sus muñecas, en sus piés, el irritante peso de las esposas y los grillos?

—Era un perro extranjero.

—Más de una vez he oído decir á mi padre, que le conoció en Córdoba, que si entónces le hubierais visto, comprenderiais que solo por medio de malas artes podia haber llegado adonde llegó.

—¿Qué malas artes, dijo el escudero que defendia á Colon, á quien llamaremos Fortun Caramés, qué malas artes ha podido emplear?

—Mi padre, que Dios haya, se hallaba en Córdoba en la posada de Maese Repulgo, cuando llegó ese hombre en una mala mula, y se hospedó como un arriero en uno de los cuartos del meson. Todo su equipaje consistia en una limosnera vacía; pero como era extranjero, no tardó en cautivar á una dama de la corte, y ella fué quien le presentó á los reyes y quien logró alcanzar para él su proteccion.

—Mientes como un bellaco, porque yo sé que trabajaba dia y noche pintando mapas y haciendo otros objetos, que vendia para atender á sus necesidades. Y sabes ademas que no consiguió tan pronto como dices la proteccion de los monarcas, porque yo era muy niño y me hallaba en el cerco de Granada, cuando desesperado ya de conseguir el favor de los reyes, se decidió á partir: entónces fué cuando le llamaron.

—En mal hora; la mayor parte de los que han ido con él á las indias se han quedado por allá; y los que han vuelto, cuentan horrores de lo que allí han pasado.

—¿Y los buques que llegan cargados de oro?

—¡Bah! El oro no es para nosotros.

—Pues algo valdrá cuando al volver por la primera vez con los indios que trajo, salieron todos á su encuentro, le vitorrearon, y hasta los mismos reyes le colmaron de dádivas y honores.

—Porque les engañó.

—Yo he hablado con el cocinero del obispo Fonseca, y me ha contado cosas de Colon que espeluznan.

—¿Qué te ha contado?

—Que en cuanto sale al mar se vuelve una fiera: trata á los marineros y á los soldados como si fueran perros, y no se anda en chiquitas con los nobles. Parece ser que allá en las Indias les ha obligado á trabajar como á los plebeyos, y al que no le ha obedecido le ha castigado, y no con dulzura.

—Pues eso hace su elogio.

—Es un tirano.

—No es un tirano el que iguala á los nobles con los plebeyos.

—Tú hablas así, porque eres un cualquiera.

—¿Y que sois vosotros?

—Nosotros somos pajes ó escuderos.

—O lo que es lo mismo, esclavos.

—Nos ennoblecen nuestros señores.

—El que se humilla no puede ser eunoblecido, y vosotros, para ganar el pan, teneis que besar en donde pisan vuestros amos.

—No es esa la cuestion, dijo Fortun Caramés, aquí lo que se trata de saber es si es justo que un hombre que ha prestado tantos servicios á la patria, sea extranjero ó no, merece el pago que le han dado.

—En primer lugar, aún no sabemos si son ciertas las noticias que nos ha dado Manco.

—Poco tardaremos en saberlo.

—Pero Manco ha llegado esta mañana, y según nos ha dicho, los buques en que vienen los presos llegarán esta tarde.

—Por mi parte, declaro que si fuera preciso, delante de los mismos reyes condenaría esa crueldad.

—¡Calla, tonto! ¡Hay por ventura nada más curioso que ver llegar encadenado al que aún no hace ochó años vimos entrar en triunfo en las ciudades, y ser el ídolo de todos los españoles?

—Los que se gozan, como tú, en la desgracia del prójimo se divertirán mucho con ese espectáculo.

—El que la hace que la pague.

—Yo no puedo creer, dijo Fortun, que los reyes hayan mandado encadenar al almirante.

—¿Y por qué no?

—Porque son buenos, porque les ha prestado grandes servicios, y sobre todo porque la reina es una santa, y aun cuando fuera muy culpable Colon, gozaría perdonándole.

—La reina es como todos los que mandan.

—¡Silencio, malandrín! Si te atreves á hablar mal de nuestra soberana, como hay Dios que te corto la lengua.

—¿Tú á mí?... Mucho dijeron de eso.

—¿Quieres verlo?

—Me gustaría.

—Pues vamos á la calle, y verás como cumplo mi promesa.

—Vamos.

—Paz, caballeros, dijeron algunos.

—¿Paz? Después que le haya atravesado de parte á parte.

—¡A la playa, á la playa!

Todos los circunstantes salieron arremolinados de la hostería, unos para presenciar y otros para contener aquel duelo improvisado.

—No habían dado tres pasos, cuando oyeron estas voces:

—Las carabelas de las Indias, decían unos.

—Ahí vienen los Colones encadenados, exclamaban otros.

Como por encanto se apaciguaron los contendientes, y la curiosidad general sucedió á aquel episodio tabernario.

Todos se encaminaron á la orilla del mar; la noticia circuló con rapidez por la ciudad, y no solo los marineros y los soldados, los menestrales y los frailes, acudieron á presenciar aquel espectáculo nuevo y doloroso á la vez, sino que muchas damas é ilustres caballeros corrieron á confundirse con los villanos, poseidos todos de una curiosidad que en el fondo revelaba algo de terror.

En efecto: dos carabelas avanzaban hácia el puerto.

Su marcha era solemne y majestuosa.

Parecían aquellos buques comprender que llevaban en su seno un gran infortunio; pero lo llevaban con la dignidad, con la energía, con la entereza, con la grandiosidad que en todo tiempo, y más en aquel en que la fortuna le había abandonado, constituía el carácter de Colon.

Al ver tanta afluencia, el capitán que mandaba las embarcaciones dispuso aplazar el desembarco para el día siguiente, y únicamente mandó á tierra un bote, en el que iban un oficial, cuatro marineros y un paje.

El oficial llevaba comunicaciones importantes.

Apénas desembarcaron en tierra, la muchedumbre les rodeó.

Abriéndose camino el oficial y el paje, acosó la muchedumbre á los marineros, y solo pudo obtener la noticia de que en efecto llegaba Colon y sus dos hermanos encadenados, y que no desembarcarían hasta el día siguiente.

Viendo defraudadas sus esperanzas los curiosos, fueron poco á poco retirándose á comentar el suceso.

El paje, separándose del oficial, llegó al meson, y al hallarse en presencia del mesonero:

- ¿Sabeis donde se halla la corte en este instante? le dijo.
 —¡No he de saberlo!
 —¿Dónde está?
 —En Granada.
 —¿Podeis proporcionarme inmediatamente una mula y un guía?
 —Os va á costar muy caro.
 —Eso no importa.
 —En ese caso, dad por realizado vuestro deseo.
 —¿Cuándo podré partir?
 —De aquí á dos horas.
 —Es tarde.
 —Dejadme al ménos una para buscar la mula y el guía.
 —Os daré diez escudos si no tardais más de media.

El posadero salió á complacer al paje y media hora despues montaba en una mula, y por la puerta de tierra se dirigia á Granada.

A juzgar por la expresion de su rostro, eran vehementes los deseos que tenia de llegar.

De cuando en cuando llevaba la mano á su pecho para ver si tenia un objeto que parecia apreciar en mucho.

Durante el camino le hizo el guía varias preguntas.

A todas contestaba con el mayor laconismo.

—Condúceme por atajos, es decir, que yo llegue pronto á Granada, y no te arrepentirás de haber apresurado el viaje.

La distancia era mucha, y tardó en llegar dos dias y medio.

¿Quién era aquel paje?

¿Qué objeto le llevaba á la residencia de los reyes con tal presteza?

Ya lo sabremos.

Veamos ahora qué habia pasado á Colon desde el momento en que fué ignominiosamente aprisionado con sus herma-

nos por Roldan hasta su llegada á la bahía de Cádiz, en donde habia ya circulado la noticia de su desgracia, y comenzaba á despertar, como sucede siempre, ese sentimiento de compasion que inspira el génio cuando cae de su pedestal, compasion que es el primer síntoma de la opinion pública.